Imp. Pascual

Volante Núm. 20

ALMERIA

AL./F.2-40

# "En régimen demócrata"

Por

Salvador Cano Carrillo

Editado por la
Juventud Libertaria
de Almería

0'20

13-9-932

AL/F.2-40

# *En régimen demócrata*

*Por*

Salvador Cano Carrillo

Editado por la
Juventud Libertaria
de Almería

# EN REGIMEN DEMOCRATA

POR

## Salvador Cano Carrillo

«¿Será cierto? ¿La razón dirá verdad? (Del folleto «¿Dónde está Dios?», de M. Rey).

### I

### *Acoplando*

Cuantas sugerencias nos vienen para su acoplamiento; sobre todo, aquella de ¿será cierto? ¿Creerán de veras en su razón, que es la razón de la sin razón, y se figurarán que podrán conseguir hacernos apear del pobrecito animal. .?

La contestación de Octavio Miraveau acopla admirablemente: Un día que se enfadó con su primo (personaje noble de la Francia absolutista), éste le dijo, así como preguntándole: «Si yo te diera un par de bofetadas ¿qué harías?»—«Cabía vacilar

cuando todavía no se habían inventado las pistolas de dos cañones»—Y habiendo pasado tanto tiempo con los prodigios que ha realizado la mecánica... buena contestación se daría con ello a estos interrogantes que son de exclusiva al tiempo contestar.

Los hombres de la República se han olvidado hasta de su condición; cuando a este extremo se llega es uno víctima de aberraciones, que en singular es aberración y un hombre en tales condiciones, a lo que más se parece es a un burro, porque podría ser también a becerro; pero no acopla también porque éstos suelen tener alguna inteligencia. Lo malo es que para los coceros el tiempo les va siendo desfavorable porque la especie va quedando en desuso (efectos de la mecánica que no fué inventada por los «borricos» aunque a ellos favorece mucho).

La República necesitaba de un centinela, como la hipocresía de una tapadera; y en posesión cada cosa de lo suyo ponen manos a la obra.

## II

### *Operando.—25 hombres detenidos*

Melilla ha sido, en las últimas agonías del poncio Hermida, el inolvidable delega-

do gubernativo que soportó aquella plaza la friolera de un año, una de las ciudades que padeció con espanto esa tapadera infame que cubre las pestilencias de los *republicanos* de escapulario, cual el mencionado poncio que nos ocupa, verdadero cavernícola de la cofradía de los de la sílaba final «rro». Fué elegido *mandaero* en aquellos momentos de fiebre republicana cuando muchísimos creían que la República había caído del cielo; por eso no faltó quien creyera en la virtud del *buen mozo*. Pero la decepción fué catastrófica al conocerle. Hasta hubo quien le creyera sindicalista; claro que esto pasaba por la mente de los que ven en el sindicalismo un colmado plato de patatas fritas. El también llegó a creérselo hasta que le vió las orejas al gato; después, chupándose el dedo se decía para sí: «carallo creíalo más *dolse*». «Esto no es el caramelo de fácil chupar que yo me figuré». Y, en verdad, el amigo, había soñado con un sindicalismo y unos sindicalistas sin *calva* y tan flexibles que pudieran caber todos juntos en el bolsillo del chaleco.

También la burguesía le creyó un «ista», algo así como «extremista» y se pusieron en cuidado temiendo por sus intereses; pero todo fué hasta conocerle; la tranquilidad no se hizo esperar; bastó con unos

cuantos encuentros con los de la *ce ene te*. Cuando por efecto de las malas digestiones le empezaron los dolores de cabeza de tan difícil curación, la burguesía reía a mandíbula batiente: estaba satisfecha de haber encontrado al *fiel* servidor. ¡Qué equivocaciones!—se decían—y comían a dos carrillos... cómo que es lo único que saben hacer. En esta gente, los equívocos es una cosa muy natural; como que, sacándola del Banco, en su primer piso, no pueden ir más que al número 100, lo demás es una ensalada rusa para ellos.

Faltábale saber al miope intelectual que el sindicalismo es lo que no puede cazarse con espejuelos, y que sus propósitos son el acabar con esta corrompida sociedad en cuyas instituciones no es más que el odio el que se engendra; firme propósito que triunfará pese a todas las *gallegadas* y aunque todos los rincones más insalubres del planeta Tierra se convirtieran en *Ríos de oro*... El sindicalismo anárquico que inspira a la Confederación Nacional del Trabajo es, ya lo saben todos los bravucones con fobia de exterminio, la expresión libre de los corazones esclavizados; y bien debe saberse que a los impulsos del corazón con finalidades de justicia no hay dique capaz de sujetarle; de ahí los tremendos fracasos de cuanto *mandarín* se

ha creído en posesión de la batuta monopolizadora de las soluciones de los problemas sociales. Sin que nos remontemos muy lejos, tomaremos como ejemplo a los tartufos del gorro frigio: Maura, el de los 108 muertos, que los tendrá toda su vida hasta en la sopa, y sus secuaces Galarza y Anguera de Sojo. ¡Buena solución dieron al problema...! ¡Como que abandonaron sus cargos convencidos de que España vivía ya en una *balsa de aceite*...! ¡Buen servicio rindieron a la nación...; por eso se les tiene bien en cuenta! Así, pues, queriendo imitar el cavernícola Hermida le salió el tiro por la culata y corrió la suerte de sus imitados, destino de todo *zángano* como el del régimen caótico y caduco que les da vida.

Convencido de que sus pretensiones exterminadoras no surtían efectos, dispúsose jugar la última carta; y da lugar a un conflito que pudiera ser el pretexto encubridor con el que saciaría sus bajas pasiones cimentadas en el odio hacia las organizaciones sindicales afectas a la C. N. T. y sus más activos militantes, trayendo como consecuencia la detención de los *apuntados* en lista y, como pretexto encubridor, a otros, completos ignorantes de las cuestiones sociales que hasta el último día se estuvieron preguntando a qué obedecía el

que se hallasen detenidos. Esto merece una consideración muy lógica: aparte la del pretexto con que se encubre la acción tiene la característica del interés que la policía pone en crear individuos que sirvan de elementos revoltosos con los cuales estén garantizados de vez en cuando y lo más frecuente posible los motines que a ellos les permite darse el lujo de cobrar sueldos extraordinarios con las primas de demasía a la captura. Procedimiento idéntico al del hallazgo de bombas y explosivos por todas partes en casa de los sindicalistas. A propósito de esto,léase una opinión autorizada con datos fundamentalísimos:

«Una vez—y no va de cuento— era un capitán de la guardia civil que quería hacer méritos ante la mirada siniestra de su amo y señor don Alfonso de Borbón. Al efecto, ideó una estratagema: indujo a unos obreros generosos y exaltados para que preparasen un atentado contra Primo de Rivera y contra el rey. Los proveyó de bombas. Suprimió el agente provocador, para mayor garantía, mandando que se le fusilase por la espalda. Y cuando los obreros engañados perfilaban sus artefactos en una casucha de Vallecas fueron sorprendidos infraganti por la maravillosa perspicacai del capitán. Los acusados sufrieron

unos cuantos años de cárcel, siendo libertados por la amnistía de la República, cuyos jueces y fiscales, no obstante, le tomaron en cuenta recientemente a uno de los encartados— Joaquín Aznar — como una especie de agravante, el referido antecedente, que, para una República sincera, debiera ser un mérito.

Intervine como abogado en el proceso de la bombas de Vallecas y con este motivo estoy perfectamente enterado de la anécdota que acabo de relatar».

Y sigue el articulista comentando la actitud de la policía en Sevilla, donde en estos últimos días ha hecho verdaderos prodigios en el arte de descubrir «complots» y explosivos a granel. Paradoja sin igual que esto sucede en un país desolado por el hambre en los hogares de los trabajadores; ¡qué bien van a dedicar el dinero en la compra de armas y municiones!...

¿Cuál podrá ser la explicación de este fenómeno?—sigue diciendo—. Da la casualidad—me limito a ofrecerlo como un dato—de que la zona del campo sevillano donde han aparecido unas bombas es precisamente la que está a cargo del capitán de la guardia civil Lisardo Doval».

Muy digno de transcribir sería todo el artículo del que extraemos los anteriores párrafos, pues caudal semejante de datos

no deja lugar a la menor duda, pero hemos de someternos a la tiranía del espacio. Claro que no es una revelación la que nos hace Balbontín si tenemos en cuenta los casos que nos ha suministrado la Historia en todas las épocas, especialmente en las de agitación proletaria, que la llamada autoridad, *veladora* del orden, ha tenido necesidad de justificar la pila de detenciones y procesos incoados contra los que han *estorbado*.

## III

### *Antecedentes*

El día 27 de abril, en la hora de la mañana, cuando los obreros se incorporaban a sus cotidianas tareas en el puerto de esta africana ciudad, un incidente pone en peligro la vida del sindicalista Paulino Pino (1), y siembra la intranquilidad por unos días en la población.

Una insignificante discusión entre Pino y un esquirol de los que habían sido reclutados por Hermida en el pasado conflicto que a un mes de distancia sostuvo el personal de Fomento, de cuya reivindicación

(1) El día 14 de junio puse lágrimas en mis ojos con gran dolor en mi corazón la noticia de haber sido enterrado el domingo, día 12. No pude acompañarte a tu última morada; descansa en paz, buen camarada que fuiste.

económica salió triunfante el proletariado de la C. N. T., dió lugar a este malvado atentar contra la vida de nuestro amigo, por la espalda, a lo asesino, como era su costumbre, según consta en sus antecedentes de pistolero a sueldo del tétrico Martínez Anido en las célebres «bandas del Libre» que patrocinaba con tanta maestría. Esta vez no fué con la «star» que le proporcionara Anido; fué con un tremendo cuchillo que el cínico Hermida le había autorizado no obstante haber sido decretada por la República una ley especial castigando severa y rigurosamente la tenencia de armas. Quedaban, pues, absolutamente prohibidas...

A juicio del lector queda suponer la indignación que este hecho produjera en el elemento confederal que inmediatamente se levanta en protesta y pide el lanzamiento del esquirolaje, medida ésta que garantizaría la tranquilidad si sabemos que esta gentuza no había cesado de provocar desde que se había solucionado el conflicto, de la prudencia de los sindicados que se habían prometido asimismo mirarle con indiferencia, e interpretando esta actitud noble por una expresión de cobardia y envalentonados por el uso de armas que les había sido permitido. No nos quede por decir que los ciento ocho esquiroles

con su capitán asesino a la cabeza eran *honrados* trabajadores de la U. G. T. y para colmo, el *mano asesina* era vicepresidentede la Federación local de esta institución.

El delegado Hermida, presidente además de la Junta de Fomento, *patrocinador* a lo *Poncio* de los trabajos, al conocer de la comisión que le visitó los fines que los trabajadores pretendían se encerró en la negativa absoluta sin que valiesen de nada el caudal de consideraciones que por parte de la comisión se expusieron tendientes a evitar todo conflicto. La cínica negativa, el propósito reaccionario provocó la ira de todo un pueblo que, inquieto, esperaba en la puerta de la delegación; y, como inevitable, la paralización general en la ciudad fué un hecho en el término de unos minutos.

## IV

## *La hiena en acción*

Llegamos al tercer día de paralización total en espera de una solución por parte de quien estaba en el deber; esta no se hizo esperar, pero poniendo en práctica el plan preconcebido. La mañana del día 29 fuímos sorprendidos un grupo de cinco camaradas por unos guardias de seguridad

en el preciso momento en que nos encontrábamos leyendo la prensa en plena vía publica De buenas a primeras nos vemos encañonados con las pistolas en disposición de disparar—«alto; manos arriba». Ur compañero trató de huir; pero uno de los *valientes* armados le alcanzó increpándole: «cobarde, no corras; los hombres no corren». Esto decía con un temblor que todos creímos en que el mismo nerviosismo le haría disparar la pistola.

—Los hombres no corren—decía el bravucón. ¿Y los hombres son los que, aprovechando del arma para detener caprichosamente?

Ya empezó la farsa que justifica todas las miserias policiacas: esas maniobras de bajo fondo que permite a los rastreros el lujo de lucir el tipo ante el superior por *su faena* notable de haber detenido a *perturbadores*...

De asco en asco vamos pasando por delante de la caterva de inútiles que forman la burocracia del centro de policía... ¡Qué repugnancia! Todos echaban la misma peste: olían a zorruno como los calabozos inmundos donde permanecimos once horas hasta ser trasladados al fuerte de María Cristina. ¡Vaya una serie de chupopteros y profesionales de la vagancia; vagos de profesión y arruina presupues-

tos! Ya dará cuenta un día vuestra espina dorsal... Los había uniformados y sin uniforme; los primeros los comparábamos a las sardinas arenques, pues a la voz de un *estrellao* idiota se veían como tocados por un resorte, enfilados cual en las tinas. Los otros, los que vestían de hombres —lástima de ropa—se les veía de vez en cuando escupir por un colmillo, verdadera función del chu'o prostituído. Y compadeciéndoles en su destino les mirábamos con desdén porque no merecen ni que se les desprecie: tan bajos son en su función al servicio de la maldad en detrimento de lo más sagrado que debe tener el hombre: la dignidad.

## V

### *En la Fortaleza*

Con la cautela sin táctica de los protocolarios de la fobia y de la idiotez fuímos llevados al fuerte, prisión militar, que había sido habilitada para nosotros. (Bien premeditada se tenía la nutrida caza de los que *estorbaban*)... Salimos por fin de los calabozos del centro de vigilancia, que ya hemos mencionado a la ligera, y que merece una pequeña confidencia a los queridos lectores. No lo hubiéramos hecho así de haber sido escrita esta narración en

tiempos de un régimen absolutista en el que los derechos del hombre eran un mito; pero hoy... sí, porque *podemos hablar...* y vivimos un régimen republicano-trabajador..., *en régimen demócrata*, que, para fortuna de España, vino a *limpiarnoslo todo...*

Pues bien. Son dos habitaciones de unos cuatro metros en largaría por tres de ancho.

Hay un tablero corrido que sirve de petate a la *piltrafa* que allí se arroja en nombre de la justicia, de la justicia histórica. Los muros es una pura incrustación; son tantos los escritos, que se hacen ilegibles. Pero resalta por encima de todos y por doquier las tres grandes letras que encierran todo un mundo de cosas bellas, símbolo de las grandezas ideales: C. N. T., F. A. I. En otros sitios se leían párrafos que sintetizaban el nombre: «¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica, ideal sublime que ha de redimir al pueblo ibero! ¡Abajo la tiranía! ¡Mueran los tiranos y los esbirros que nos han encerrado!»

Todo esto nos hacía pensar en la idiosincrasia de esta pobre gente con su afán exterminador del pensamiento libre que no les permite su aberración apreciar que en sus delirios llevan al ideal sublime has-

ta dentro de su misma casa. Pero sigamos presentando a los calabozos. Las maderas del tablado, que desde su construcción no fueron labadas presentan un aspecto verdaderamente repugnante; el suelo no puede compararse sino al lugar evacuadero de inmundicias. Los resíduos de la bazofia, las aguas menores, y no se llega al caso de los excrementos porque esta función es aguantada, aun a costa de graves consecuencias en ocasiones...; de todo esto disfruta el suelo gracias al cuidado de sus vigilantes que sólo se preocupan de encerrar a las gentes cual cerdos en la cochinera y velar por la cerradura. Tienen los sentidos tan atrofiados que no se aperciben de las emanaciones pestilentísimas que arrojan aquellos antros de pudredumbre. Pero no os espante lo dicho; ironizaos ante el sarcasmo de una sandez como la siguiente: en unos de los lugares donde hacían guardias los *perros*, leíamos en un rotulo que apenas se descifraban sus letras por el cúmulo de telarañas que sobre él pesaba las siguientes palabras: «Conserva tu salud por la higiene». Esto lo leíamos cerca al lugar donde habíamos de hacer nuestras necesidades y que no pudimos realizar por sernos imposible la permanencia dentro. Toda la carroña del reinado borbónico se hallaba acumulada en aquel edificio

arcano misterioso de injusticias sin cuento ..

Es el lavado que nos hizo la República...

Ya nos hallamos en nuestra casa; al tomar posesión de ella se nos despoja de las esposas que cuidadosamente nos fueron colocadas en previsión de una posible fuga -gracias que les damos por el honor de no habernos querido aplicar la «ley»...—. Nos recibe un funcionario simpático que nos miró bien, obedeciendo a la categoría del fuero; como consecuentes a nuestros sentimientos se lo agradecemos; pero no dejaremos de luchar po que ocupe otro lugar más digno que nos permita estrechar la mano en todas las entrevistas.

## VI

### *La huelga del hambre y la hiena saciada*

Doce días llevábamos encerrados sin que los preceptos de la ley hubiéranse cumplido. Según un artículado del código que tan maravillosamente manejan los administradores de la justicia, dice que a las setenta y dos horas de la detención de cualquier ciudadano, ha de ponérsele en libertad si materia de procesamiento no hubiere; y como hasta entonces ninguna cla-

se de juez habíase ocupado de nuestra suerte; palpable y al descubierto los propósitos del desalmado delegado gubernativo, cuyo odio particularmente sentía hacia nuestro camarada Paulino Díez porque éste le había descubierto varias suciedades en ciertas ocasiones y sobre todo cuando le hizó responsable moral de los hechos de octubre que costó la vida de un camarada por la fuerza armada, y cuya acusación valía a nuestro amigo Paulino un proceso del que no queremos hablar por no dar un mal rato a nuestros nervios (presenciamos el juicio, y arbitrariedad mayor no puede verse al haber sido condenado a un año, ocho meses y días, después de haberse oído a los testigos, y las argumentaciones de la defensa con todo el caudal de elementos de juicio, sin que hagamos mención, por si se viese en ello parcialismo o «reclame», del proceso de los hechos que al concedérsele la palabra hizo el acusado con su gran solvencia capaz de alpastar al armatoste de magistratura que le juzgaba), no quedándonos duda de las patrañas y maniobras fraguadas al amparo de una ley que legaliza todas las miserias de bajas pasiones, nos dispusimos sencillamente a pedir cuentas de nuestra situación y a que la ley no fuese letra muerta. A tal efecto dirigimos un escrito al *Ilustrísimo señor de-*

*legado gubernativo* (éste es el tratamiento que el buen republicano exigía...) anunciándole nuestro propósito de declarar la huelga del hambre en caso de que en el plazo de veinticuatro horas no obtuviéramos una contestación a nuestra demanda.

Cesteado que fué nuestro oficio firmado por los veinticinco presos; sometidos a la burla más cínica y grosera de un gallego idiota, nos hallábamos declarados al margen de la ley. Y cual propósito firme nos animara de no dejar pisoter nuestra dignidad, declarando la huelga del hambre: fué, era el único recurso a que podíamos echar mano; los demás, la ley se nos negaba; para nosotros no existía la justicia; no éramos hombres: éramos anarquistas.

Pronto recibimos la visita de un emisario indirecto, el juez de instrucción. No se tardó en inventar materia de procesamiento para unos cuantos, so pretexto de unas hojas clandestinas y no sabemos cuantas monsergas propias de quien trata de justificarse; «los demás (textual) están a disposición del delegado gubernativo; no tengo nada que ver con ellos.»

La visita fué maestra: el consiguiente consejo para que desistiéramos de molestar el estómago y una pulsación a los ánimos. Pero salió... rana: tropezó con voluntades férreas que naírque demostrar los al-

cances de la dignidad del hombre. Cinco días duró el martirio que dimos a nuestros cuerpos; pero que sirvió para que pudiésemos conocer nuestra situación: y en efecto recibimos la orden que el ministerio del interior comunicase disponiendo nuestro destino. Desde aquel momento estábamos a disposición de las autoridades locales para ser deportados seis—los más peligrosos—a nuestros respectivos paises donde seríamos confinados. El oficio del ministro de la Gobernación decía en síntesis que tal determinación se adoptaba obedeciendo a los informes que de nosotros rezaban tanto del delegado gubernativo de aquella plaza, como del jefe de policía; éste último, subordinado incondicional del primero, pretende ser un buen nadador, pero sin saber guardar la ropa, porque a la salida se le ve encueros...

Nos hacemos cargo de la noticia, y el recurso que entablamos... es arreglar el *hato.*

## VII

### *Camino del destierre: el adios a los camaradas*

Llegó el momento después de haber sido bien preparado el ambiente para salvarse de cuidados; son las medidas poli-

ciacas. Se había corrido y propagado conscientemente que nuestra deportación no se llevaría a efecto. De buena fe llegaron a creerlo algunos camaradas ingenuos, y nosotros les decíamos: «acordaros del «Buenos Aires»... Pero aquello no podía constituir un aliciente que animara nuestro espíritu de sobra animado por la esperanza y fe puesta en el día del desquite. La llegada de la noticia ministerial no disminuyó en nada nuestra gallarda condición de templados en los reveses de la vida, y todas las noches, cual las anteriores, seguíamos entonando nuestro célebre «Himno del saco» en honor al poncio gallego de nuestra plaza.

Son las dos y media de la mañana del lunes, 16 de mayo, y en el silencio de la noche nos despierta un ruido extraño; como imitaba el tropel de un escuadrón, nos figuramos por un momento que la caballería entraba a la carga; pero pronto nos saca de dudas el funcionario de prisiones:

—Tengan la bondad; ha llegado la seguridad.

¿Vienen por nosotros?

—Por ustedes; sí señores.

—¿Cuántas parejas han venido?

Nos asombra un tanto; pero pronto salimos del apuro al darnos cuenta que usaban herraduras en el calzado...

Pronto corre la voz y quedan abiertas todas las celdas; nuestros hermanos se disponen a darnos el adiós.

Momento de emoción intensa; la rabia crispa los puños de todos, pero el orgullo de nuestra conciencia enardece nuestros corazones. Todos pensamos lo mismo; mutuamente nos comunicamos; obra la telepatía: si nos distancia la maldad de los hombres, nos une más firmemente el sentimiento humano. Empiezan a estrecharse nuestros pechos, accionando nuestros brazos locamente. Los «ánimo» y «coraje» se derrochan de una parte a otra, tanto los que quedan como los que marchan.

No nos meten prisa; pero el camión espera, y los de custodia se muestran impacientes por vernos en el vapor.

Vamos saliendo. Se inician los fuertes adiós de esperanza con los gritos de «Viva la Anarquía», «Viva la revolución», «Viva la F. A. I.», «Viva la C. N. T.».

Desde las ventanas de la fortaleza salían las voces vibrantes llenas de odio y amor, las dos partes habían de oirlas, las odiadas y las amadas.

Entre «salud» y «ánimos», con nuevos y repetidos vítores a la anarquía, nos perdimos por las silenciosas calles de la ciudad, por donde sólo veíamos medios de precaución adoptados: la fuerza se hallaba

toda movilizada... se conducía a seis peligrosísimos.

Ya estamos a bordo. El deber cumplido y el peligro salvado tranquiliza a los «veladores del orden».

El «España 5» zarpa inmediatamente; tiene elevada anclas y máquinas en funcionamiento: todos los cuidados son adoptados. La cuestión reviste suma importancia. Se fleta un barco exclusivamente, para seis hombres... El Estado es rico; puede pagar; ¡qué implican unas cuantas miles de pesetas más en el Presupuesto! ¿Que el pueblo yace en la miseria?... Que espere: estamos en República.

Un pitazo, y al cabo de unas horas nos hayamos en alta mar purgando el castigo de ser «revolucionarios» sin los «preceptos» del 14 de abril.

Los vértigos por la convulsión de la nave nos hacen recordar al camarada Soler y a cuantos encerraba en sus entrañas el buque fantasma camino de la Guinea; pero nuestro sufrimiento, sólo de unas horas, no podía en nada compararse con el de los queridos amigos.

## VIII

### *Correspondencia*

Las cartas que siguen, transmitidas desde el confinamiento dan idea de lo que llegan a conseguir los procedimientos que se emplean con ánimos de extirpar el pensamiento libre, que ha sido en los anales de la historia cual palanca de Arquímedes que moviera al mundo:

«Querido amigo: No puedes figurarte lo que crispa mis nervios el recuerdo del hecho que villanamente se comete con vosotros. Estos republicanos sin entrañas que nunca conocieron la dignidad han llegado a perder hasta la sensibilidad. En su afán felonesco llegan hasta el colmo del delirio. En las páginas de la historia revolucionaria de los pueblos no se puede encontrar caso parecido al de nuestro país. ¡Pobre España!; el complemento para nuestro *crèdito* en el extranjero.

Es verdaderamente patológico, querido amigo: hombres azotados por las rudezas de reaccionarios desenfrenados; que conocen los horrores del destierro por haberse llamado Quijotes de la Libertad... y qne hubieran de llegar a poner en práctica aquellos procedimientos inícuos... los qne tanta bilis echaron con sus «fiebres» revolucionarias (de salón).

Ya no es indignación lo que causa la actitud de estos advenedizos de la divisa «dieciseis»; es asco. Después de su perfectísima condición de analfabetos, se acreditan en la refinada de malvados.

Me entero del proceso que dió lugar a vuestra deportación, y ¡vaya una manera de juzgar!; qué bien se presta para saciar apetitos trogloditas. ¡Que habíais pretendido sublevar a los moros!... No te rías, mi amigo, porque te estoy viendo en pura carcajada... A los moros con revolución de tipo anarquista... y concomitancias con Abd-el-Krin, ¿no os ha atribuído también ese gallego? No lo dudo, porque en cabeza de cernícalo todo se concibe.

No quiero darte ánimos porque conozco tu caudal para dar a todo el mundo en los momentos más álgidos; pero quisiera de todo corazón que esto fuera el acicate que te estimulase en el camino abrojoso y lleno de espinas que te trazaste y nos trazamos cuya meta es la libertad y la justicia.

Salud y fuerzas para combatir con ahinco a esta nueva reacción revestida con el manto de la democracia republicanizante te desea tu buen amigo,

*Zografi».*

«Camarada Zografi:

Recibo tu carta, y si te la agradezco es

por los términos briosos que empleas sin que trates de lamentar el que nos hayan arrebatado del lado denuestros seres queridos. ¿Qué de particular tiene esto, ni qué importancia le hemos de dar nosotros que abrazamos el ideal convencidos de las inconveniencias y dispuestos al mayor de los sacrificios, aunque no hayamos de ser materia de mártir? Cuando nuestra revolución trianfe, que triunfará, ¡quién lo duda!' sabremos decirle a estos manipuladores de la justicia: ¿qué conseguísteis con haber zapado el «Buenos Aires» y el «España 5»? Hicísteis sufrir a seres humanos, generosos, idealistas, que entonando cánticos a la libertad entre el dolor y las angustias caminaban hacia paises desoladores, al igual que partíais los corazones de los que quedaban con toda ilusión perdida de poderles abrazar a aquellos trozos de su misma carne. Y todo esto lo hicísteis, ¡oh republicanos!, olvidándoos de vuestras madres, de vuestros padres, de vuestros hijos y de todo lo que constituye amor y sentimiento; tirásteis el corazón a un barranco para que los chacales le comieran... y todo por defender un régimen que en us últimas agonías zarpa con sus tentácusos, impotentes en el vacío de su desesperación.

Pero nada, amigo mío, todo inútil; el

ideal libertario es fiel consecuente a la célebre máxima «creced y multiplicaos». Por algo dijo un hombre alguna vez: «podeis matar al hombre; pero no a la idea». Es curiosísimo: los republicanos nos han hecho más propaganda en un año, del treinta y uno al treinta y dos, que en medio siglo de nuestra literatura.

Bien, camarada. Desde el confinamiento y por estas cuartillas con todos sus borrones, recibe el abrazo que, a la vez que a tí, manda a todos los que sufren la crueldad de los nuevos tiranos, unos entre rejas, y los de las islas inhóspitas de «Río de Oro». Tuyo y de todos, amigo y compañero.

Por la anarquía,

*Salvador Cano Carrillo*».